

el señor duque de Enghien. Una pregunta tan impertinente en boca del señor de Talleyrand causó la mayor sorpresa. ¿Por qué pregunta usted una cosa que sabe usted de sobra? le dijeron. Para hacer saber á ustedes que la casa de Condé acaba en este momento. El señor de Talleyrand estaba en el palacio de Luynes desde el principio de la velada, y sabía que Bonaparte se hallaba en la imposibilidad de conceder el indulto.

—Pero, dijo Rastignac á de Marsay, en todo esto no veo para nada á la señora de Cinq-Cygne.

—¡Ah! era usted tan joven, querido mío, que me olvidaba la conclusión; usted conoce el asunto del secuestro del conde de Gondreville, que fué la causa de la muerte de los dos Simeuse y del hermano mayor de Hautesserre, cuyo hermano menor, por su casamiento con la señorita de Cinq-Cygne, pasó á ser conde y después marqués de Cinq-Cygne.

De Marsay, á instancias de varias personas que desconocían esta aventura, contó el proceso, diciendo que los cinco desconocidos eran unos miserables de la policía general del Imperio, encargados de hacer desaparecer unos bultos de impresos que el conde de Gondreville había ido precisamente á quemar, creyendo asegurado el Imperio.

—Sospecho que Fouché, dijo, los envió también para que buscasen al mismo tiempo las pruebas de la correspondencia de Gondreville y de Luis XVIII, con el que se entendió siempre, aun en la época del Terror. Pero en este espantoso asunto hubo pasión por parte del agente principal, que vive aún, uno de esos grandes subalternos que no tienen sustituto y que se ha hecho notable por su asombrosa astucia. Parece que la señorita de Cinq-Cygne lo había maltratado, cuando fué á prender á los Simeuse. De modo que ya sabe usted, señora, el secreto del asunto; podía usted explicárselo á la marquesa de Cinq-Cygne, y hacerle comprender la causa que obligó á Luis XVIII á guardar silencio.

París, enero de 1841.

UN EPISODIO BAJO EL TERROR

AL SEÑOR GUYONNET-MERVILLE

«No es preciso, querido y antiguo principal, explicar á las gentes que tienen curiosidad por saberlo todo, el lugar donde he podido aprender bastante procedimiento para dirigir los negocios de mi pequeño mundo, y consagrar aquí la memoria del hombre amable é inteligente que decía á Scribe, otro pasante de afición como yo, cuando le encontraba en el baile: «Pásese usted por el estudio, pues le aseguro que hay trabajo de veras». ¿Pero tiene usted necesidad de este testimonio público para estar seguro del afecto del autor?»

El 22 de enero de 1793, á eso de las ocho de la noche, una anciana dama, en París, bajaba la rápida pendiente que termina delante de la iglesia de Saint-Laurent, en el arrabal de Saint-Martin. Había nevado tanto durante todo el día, que apenas se oían los pasos. Las calles estaban desiertas. El temor natural que inspiraba el silencio aumentaba el terror que hacía gemir á la sazón á Francia; así es que la anciana no había encontrado aún á nadie en su camino, y, por otra parte, su vista corta hacía ya tiempo no le permitía ver en lontananza, al resplandor de los faroles, algunos transeuntes desparramados como sombras en la inmensa vía de este arrabal. Iba valerosamente sola á través de aquella soledad,

como si su edad fuese un talismán que hubiese de preservarla de toda desgracia. Cuando hubo pasado la calle de los Morts, creyó distinguir el paso pesado y firme de un hombre que iba detrás de ella. Se figuró que no era la primera vez que oía aquel ruido, se asustó ante la idea de haber sido seguida, é intentó andar más aprisa aún, á fin de llegar á una tienda bastante bien iluminada, esperando poder cerciorarse á la luz de si sus sospechas eran ciertas. Tan pronto como llegó al rayo de luz horizontal que salía de la tienda, volvió bruscamente la cabeza y entrevió una forma humana en la penumbra; esta indistinta visión le bastó, vaciló un momento bajo el peso del terror que se apoderó de ella, pues ya no le quedaba duda de que había sido escoltada por el desconocido desde el momento en que había puesto los pies fuera de casa, y el deseo de escapar á un espía le dió ánimos. Incapaz de razonar, redobló el paso, como si pudiese sustraerse á un hombre que necesariamente tenía que ser más ágil que ella. Después de haber corrido durante algunos minutos, llegó á una pastelería, entró en ella, y no se sentó, sino que cayó sobre una silla que estaba colocada delante del mostrador. En el momento en que hacía chillar el pestillo de la puerta, una joven ocupada en bordar levantó la cabeza, reconoció, á través de los cristales, la toca de forma antigua y de seda violeta que llevaba la dama, y se apresuró á abrir un cajón como para sacar de él algo que tenía que serle entregado. El gesto y la fisonomía de la joven no sólo expresaron el deseo de desembarazarse pronto de la desconocida, como si fuese una de esas personas que no se ven con gusto, sino que dejó escapar un movimiento de impaciencia al encontrar el cajón vacío; después, sin mirar á la dama, dejó precipitadamente el mostrador, se fué hacia la trastienda y llamó á su marido, que no tardó en comparecer.

—¿Dónde has puesto...? le preguntó con aire misterioso, señalándole á la anciana dama con una mirada, y sin acabar la frase.

Aunque el pastelero no podía ver más que el inmenso gorro de seda rodeado de cintas color violeta que cubría la

cabeza de la desconocida, desapareció después de haber dirigidamente á su mujer una mirada que parecía decir:

—¿Crees que voy á dejar eso en el mostrador?

Asombrada del silencio y de la inmovilidad de la anciana dama, la pastelera volvió á su lado, y, al verla, se sintió llevada de un movimiento de compasión ó acaso también de curiosidad. Aunque el color de aquella mujer fuese naturalmente lívido, como el de una persona entregada á austeridades secretas, era fácil reconocer que una emoción reciente había hecho su lividez más intensa. El gorro cubría su cabeza de un modo que ocultaba sus cabellos encanecidos, sin duda por los años, y la limpieza del cuello de su vestido anunciaba que no llevaba polvos. Esta falta de adorno hacía contraer á su rostro una especie de severidad religiosa. Sus facciones eran graves y denotaban cierto orgullo. Antaño los modales y costumbres de la gente de calidad eran tan diferentes de los de la gente que pertenecía á las demás clases, que se adivinaba fácilmente á una persona noble. Por eso la joven pastelera estaba persuadida de que la desconocida era un resto de la antigua nobleza y de que había pertenecido á la corte.

—¡Señora!... le dijo involuntariamente y con respeto, olvidando que este título estaba proscrito.

La anciana dama no respondió. Tenía los ojos fijos en el escaparate de la tienda, como si se dibujase en él algún objeto espantoso.

—¿Qué tienes, ciudadana? preguntó el dueño reapareciendo.

El ciudadano pastelero sacó á la dama de su sueño, tendiéndole una cajita de cartón cubierta con papel azul.

—Nada, nada, amigos míos, respondió con voz dulce.

Y fijó sus ojos en el pastelero dirigiéndole una mirada de agradecimiento; pero al ver que cubría su cabeza un gorro frigio, lanzó un grito.

—¡Ah!... ¡Usted me ha hecho traición!...

La joven y su marido respondieron con un gesto de horror que hizo enrojecer á la desconocida, ya de vergüenza por haber sospechado de ellos, ó ya de placer.

—Dispéñense ustedes, dijo entonces con una dulzura infantil. Y acto continuo, sacando un luis de oro de su bolsillo y entregándoselo al pastelero, añadió: Aquí tiene usted el precio convenido.

Hay una indigencia que los indigentes saben adivinar. El pastelero y su mujer se miraron y se señalaron á la anciana comunicándose un mismo pensamiento. Aquel luis de oro debía ser el último. Las manos de la dama temblaban al ofrecer aquella moneda, que contemplaba con dolor y sin avaricia, aunque parecía reconocer toda la extensión del sacrificio. El ayuno y la miseria estaban grabados en aquel rostro con rasgos tan legibles como los del miedo y los de las habiudes ascéticas. Había en sus ropas vestigios de magnificencia. Eran de seda gastada y llevaba una toca limpia, aunque pasada, y encajes cuidadosamente remendados; en fin ¡los andrajos de la opulencia! Los pasteleros, vacilando entre la piedad y el interés, empezaron por aliviar su conciencia con palabras.

—Ciudadana, parece que estás muy débil.

—¿Siente la señora necesidad de tomar algo? repuso la mujer interrumpiendo á su marido.

—Tenemos muy buen caldo, dijo el pastelero.

—Hace tanto frío, que acaso la señora haya cogido un pasmo andando por la calle; pero puede usted descansar aquí y calentarse un poco.

—No crea usted que nos comemos á la gente cruda, exclamó el pastelero.

Convencida por el acento de benevolencia que respiraban las palabras de los caritativos pasteleros, la dama confesó que había sido seguida por un hombre y que temía volverse sola á casa.

—¿No es más que eso? repuso el hombre del gorro frigio. Espérame, ciudadana.

Y dió el luis á su mujer. Después, llevado de esa especie de agradecimiento que nace en el alma de un comerciante cuando recibe un precio exorbitante por una mercancía de poco valor, fué á ponerse su uniforme de guardia nacional, tomó su sombrero y su fusil y apareció á poco armado; pero

su mujer había tenido tiempo para reflexionar. Como le ocurre á muchos, la reflexión cerró la mano abierta para la benevolencia. Inquieta, y temiendo que su marido se comprometiese, la mujer le tiró del faldón de la levita para detenerlo; pero, obedeciendo á un sentimiento de caridad, el buen hombre se ofreció en el acto á la dama para escoltarla.

—Parece que el hombre á quien teme la ciudadana ronda aún la tienda, dijo vivamente la esposa.

—Mucho me lo temo, dijo con sencillez la dama.

—¿Y si fuese un espía? ¿y si se tratase de una conspiración? No vayas y quítale la caja...

Estas palabras, deslizadas por la mujer al oído del pastelero, helaron los repentinos ánimos de que éste estaba poseído.

—¡Vaya! voy á decirle yo dos palabras y á desembarazarla á usted de él en el acto, exclamó el pastelero abriendo la puerta y saliendo precipitadamente.

La anciana, pasiva como un niño y casi alhelada, volvió á sentarse en la silla. El honrado comerciante no tardó en reaparecer: su rostro, bastante encarnado de ordinario y encendido además por el fuego del horno, se había puesto de repente pálido, y estaba el hombre poseído de tan gran espanto, que sus piernas temblaban y sus ojos parecían los de un hombre ebrio.

—¿Quieres hacer que nos corten el cuello, miserable aristócrata?... exclamó con furor. Lárgate de aquí inmediatamente, no vuelvas más y no cuentes conmigo para proveerte de elementos de conspiración.

Al acabar de pronunciar estas palabras, el pastelero intentó quitar á la dama la cajita que ésta se había metido en el bolsillo. Apenas las atrevidas manos del pastelero tocaron en sus ropas, cuando la desconocida, prefiriendo entregarse á los peligros de la calle sin más defensor que Dios á perder lo que acababa de comprar, recobró la agilidad de sus primeros años; y, precipitándose hacia la puerta, la abrió bruscamente y desapareció de la presencia de la mujer y del marido, temblorosos y estupefactos. Tan pronto como la des-

conocida estuvo fuera, empezó á andar con rapidez; pero sus fuerzas la abandonaron muy pronto, cuando oyó que el espolá la seguía implacablemente, haciendo crujir la nieve que aplastaba con su pesado paso. Se vió obligada á detenerse, y se detuvo, aunque no se atrevía ni á hablarle, ni á mirarle, ya á causa del miedo de que estaba poseída, ó ya por falta de inteligencia. Continuó después su camino marchando lentamente, y el hombre acortó entonces el paso, permaneciendo siempre á una distancia que le permitía vigilarla. El desconocido parecía ser la sombra misma que aquella anciana. Las nueve daban cuando la silenciosa pareja volvió á pasar por delante de la iglesia de Saint-Laurent. Aun al alma más débil le ocurre que, después de una agitación violenta, experimenta un sentimiento de calma; pues si los sentimientos son infinitos, nuestros órganos son limitados. Así que la desconocida, al no recibir ningún daño de su pretendido perseguidor, quiso ver en él un amigo dispuesto á protegerla, reunió todas las circunstancias que habían acompañado á la aparición de aquel hombre como para buscar motivos plausibles para aquella consoladora opinión, y le pareció ver en él más bien buenas que malas intenciones. Olvidando el espanto que aquel hombre acababa de causar al pastelero, avanzó con paso firme hacia las regiones superiores del arrabal de Saint-Martin. Después de media hora de marcha, llegó á una casa situada al lado del cruce formado por la calle principal del arrabal y por la que conduce á la barrera de Pantín. Este lugar es aun hoy uno de los más desiertos de París. El cierzo, pasando por las colinas de Saint-Chaumont y Belleville, silbaba á través de las casas, ó mejor dicho, de las cabañas sembradas en este valle casi deshabitado, donde las viviendas están hechas con paredes construídas con tierra y huesos. Este lugar desolado parecía ser el asilo natural de la miseria y de la desesperación. El hombre empeñado en la persecución de la pobre criatura, bastante atrevida para atravesar de noche aquellas silenciosas calles, pareció sorprendido del espectáculo que ofrecía á sus miradas. Permaneció pensativo, de pie y en una actitud de duda, y débilmente iluminado por un farol cuyo inde-

ciso resplandor apenas disipaba las tinieblas. El miedo prestó ojos á la anciana, que creyó ver algo siniestro en las facciones del desconocido, y, sintiendo renacer sus terrores, se aprovechó de la especie de incertidumbre que detenía á aquel hombre para deslizarse como una sombra hacia la puerta de una casa solitaria, cuyo pestillo abrió, desapareciendo con una rapidez fantasmagórica. El perseguidor, inmóvil, contemplaba aquella casa, que era el tipo de las habitaciones miserables de aquel arrabal. Aquella vacilante choza, construída con morrillos, estaba revestida de una capa de yeso amarillento, tan sumamente agrietada, que parecía que iba á caerse al menor esfuerzo del viento. El tejado, formado por tejas negruzcas y cubierto de musgo, se hundía en algunos lugares de un modo que hacía creer que iba á ceder al peso de la nieve. Cada piso tenía tres ventanas, cuyos marcos, podridos por la humedad y desunidos por la acción del sol, anunciaban que el frío tenía que penetrar en el interior. Esta casa aislada parecía una antigua torre que el tiempo se olvidaba de destruir. Una débil luz alumbraba las ventanas que perforaban irregularmente la buhardilla que remataba este pobre edificio, mientras que el resto de la casa se encontraba en la obscuridad más completa. La vieja subió con trabajo la ruda y tosca escalera, apoyándose en una cuerda que se extendía á lo largo de ésta á guisa de pasamano, llamó misteriosamente en la puerta de la buhardilla y se sentó con precipitación en una silla que le presentó un anciano.

—¡Escóndase usted, escóndase usted! le dijo la dama. Aunque salimos muy poco, nuestros pasos son conocidos y espiados.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó otra anciana que estaba sentada al lado del fuego.

—El hombre que ronda la casa desde ayer me ha seguido esta noche.

Al oír estas palabras, los tres habitantes de este chiribitil se miraron dejando aparecer en sus rostros las señales de un profundo terror. El anciano era el que estaba menos asustado, sin duda porque era el que corría más peligro. Bajo el

peso de una gran desgracia ó bajo el yugo de la persecución, el hombre valeroso empieza, por decirlo así, por hacer el sacrificio de su vida, y sólo considera sus días como otras tantas victorias obtenidas sobre la suerte. Las miradas de las dos mujeres, fijas en aquel anciano, dejaban adivinar fácilmente que éste era el único objeto de su viva solicitud.

—¿Por qué desconfiar de Dios, hermanas mías? dijo el anciano con voz sorda pero cariñosa. Nosotros cantábamos sus alabanzas en medio de los gritos que lanzaban los asesinos y los moribundos en el convento de los Carmelitas. Si él ha querido que yo me salvase de aquella carnicería, fué sin duda para reservarme un destino que yo debo aceptar sin murmurar. Dios protege á los suyos y puede disponer de ellos á su antojo. De ustedes y no de mí, es de quien es preciso ocuparse.

—No, dijo una de las ancianas, ¿qué es nuestra vida en comparación con la de un sacerdote?

—Una vez que me ví fuera de la abadía de Chelles, yo me consideré ya como muerta, exclamó la religiosa que no había salido de casa.

—Aquí están las hostias, repuso la recién llegada entregando la cajita al sacerdote. ¡Pero oigo subir las escaleras! exclamó de pronto.

Al oír estas palabras, los tres se pusieron á escuchar. El ruido cesó.

—Si alguien logra llegar hasta aquí, no se asusten ustedes, dijo el sacerdote. Una persona con cuya fidelidad podemos contar, ha debido tomar todo género de precauciones para pasar la frontera, y vendrá á buscar las cartas que yo escribí al duque de Langeais y al marqués de Beausant, á fin de que puedan estudiar los medios de arrancar á ustedes de este espantoso país y de la muerte ó la miseria que en él les espera.

—¿Y usted no vendrá con nosotras? exclamaron en voz baja las dos religiosas manifestando una especie de desesperación.

—Mi sitio está allí donde hay víctimas, dijo el sacerdote con sencillez.

Las dos ancianas se callaron y miraron á su huésped con santa admiración.

—Sor Marta, dijo el cura dirigiéndose á la religiosa que había salido á buscar las hostias, este enviado debe contestar *Fiat voluntas* á la palabra *Hosanna*.

—¡Alguien sube por la escalera! exclamó la otra religiosa abriendo un escondite practicado bajo el tejado.

Esta vez fué fácil oír, en medio del profundo silencio, los pasos de un hombre que hacía resonar las escaleras cubiertas de bultos formados por el barro endurecido. El sacerdote se coló penosamente en una especie de armario, y la religiosa le puso encima algunas ropas.

—Puede usted cerrar, sor Agata, le dijo con voz ahogada.

Apenas se había escondido el sacerdote, cuando tres golpes dados á la puerta hicieron estremecerse á las dos santas mujeres, que se consultaron con los ojos sin atreverse á pronunciar palabra. Una y otra parecían frisar ya en los sesenta años. Separadas del mundo hacía ya cuarenta, estaban allí como plantas acostumbradas al aire de un invernáculo y que mueren si se las saca de él. Acostumbradas á la vida del convento, no podían concebir otra. Un día, habiendo sido rotas sus rejas, se habían estremecido al verse libres. Fácilmente se puede adivinar la especie de imbecilidad aparente que los acontecimientos de la Revolución habían producido en sus inocentes almas. Incapaces de concordar sus ideas claustrales con las dificultades de la vida, y no comprendiendo siquiera su situación, parecían niños que hubiesen estado muy cuidados hasta entonces, y que, abandonados por su providencia maternal, rogasen en lugar de gritar. Así es que, ante el peligro que preveían en este momento, permanecieron mudas y pasivas, sin conocer más defensa que la resignación cristiana. El hombre que llamaba interpretó su silencio á su manera, abrió la puerta y apareció de pronto. Las dos religiosas se estremecieron al reconocer al personaje que, hacía algunos días, rondaba la casa y tomaba informes de ellas, y permanecieron inmóviles contemplándole con inquieta curiosidad, á la manera de los niños salvajes, que examinan en silencio á los extranjeros. Aquel

hombre era alto y grueso; pero nada en su paso, en su aire ni en su fisonomía indicaba que fuese un mal hombre. Limitó la inmovilidad de las religiosas, y paseó lentamente sus miradas por la habitación en que se encontraba.

Dos esteras de paja, colocadas sobre el pavimento, servían de cama á las dos religiosas. En medio del cuarto había una mesa y sobre ella un candelero de cobre, algunos platos, tres cuchillos y un pan redondo. El fuego de la chimenea era modesto. Algunos troncos de leña, amontonados en un rincón, atestiguaban la pobreza de las dos reclusas. Las paredes, cubiertas de una capa de pintura muy antigua, probaban el mal estado del tejado, por medio de unas manchas parecidas á hilos negros, las cuales manchas indicaban las infiltraciones de las aguas pluviales. Una reliquia salvada sin duda del pillaje de la abadía de Chelles, adornaba la campana de la chimenea. Tres sillas, dos cofres y una mala cómoda completaban el mobiliario de esta habitación. Una puerta que había al lado de la chimenea hacía suponer la existencia de un segundo cuarto.

El personaje que se había introducido bajo tan terribles auspicios en el seno de este hogar no tardó en hacer el inventario de aquella celda. Un sentimiento de compasión se pintó en su cara y dirigió una mirada benévola á las dos mujeres, que estaban no menos apuradas que él. El extraño silencio que guardaron los tres duró poco, pues el desconocido acabó por adivinar la debilidad moral y la inexperiencia de las dos pobres criaturas, y les dijo procurando dulcificar su voz:

—Ciudadanas, no vengo aquí como enemigo... Y deteniéndose un momento, continuó diciendo: Hermanas mías, si les ocurriese alguna desgracia, créanme que no sería mía la culpa. Yo tengo que pedir á ustedes un favor.

Ellas siguieron guardando silencio.

—Si yo las importunase, si... las molestase, díganmelo con franqueza... y me retiraré; pero sepan ustedes que les soy adicto; que si algún favor puedo hacerles, pueden disponer de mí sin temor, y que yo solo, acaso, soy el que estoy por cima de la ley, puesto que ahora no hay rey...

Había tal acento de verdad en estas palabras, que la hermana Agata, la religiosa que pertenecía á la casa de Langeais y cuyas maneras parecían anunciar que había conocido en otros tiempos el brillo de las fiestas y respirado el aire de la corte, se apresuró á indicar al visitante una de las sillas, rogándole que se sentase. El desconocido manifestó una especie de alegría mezclada de tristeza al ver aquel gesto, y esperó para obedecer á que las dos mujeres estuviesen á su vez sentadas.

—Ustedes han dado asilo, repuso el desconocido, á un venerable sacerdote no juramentado, que escapó milagrosamente de la matanza de los Carmelitas.

—¡Hosanna!... dijo la hermana Agata interrumpiendo al extranjero y mirándole con inquieta curiosidad.

—Creo que no se llama así, respondió él.

—Caballero, está usted equivocado, nosotras no tenemos ningún sacerdote aquí, y...

—Entonces sería preciso que tuvieran ustedes más cuidado y previsión, replicó dulcemente el desconocido extendiendo el brazo hacia la mesa y tomando un breviario que había encima de ella. Supongo que ustedes no sabrán latín, y...

No continuó, porque la emoción extraordinaria que se pintó en las caras de las dos religiosas le hizo temer que, sin duda, había ido demasiado lejos, pues estaban temblorosas y con los ojos arrasados en lágrimas.

—Tranquílense ustedes, les dijo con voz franca; conozco el nombre de su huésped y el de ustedes, y hace tres días que conozco su angustia y su adhesión por el venerable sacerdote que...

—¡Silencio! dijo sencillamente sor Agata poniéndose un dedo en los labios.

—Ya ven ustedes, hermanas mías, que si yo hubiese concebido el horrible designio de delatarlas, hubiera podido cumplirlo más de una vez.

Al oír estas palabras, el sacerdote salió de su escondite y se presentó.

—Caballero, no puedo creer que sea usted uno de nues-

tros perseguidores, y confío en usted, dijo al desconocido. ¿Qué quiere usted de mí?

La santa confianza del sacerdote y la nobleza que denotaban sus facciones hubieran desarmado hasta á un asesino. El misterioso personaje que habla ido á animar aquella escena de miseria y de resignación, contempló durante unos instantes el grupo, formado por aquellos tres seres, y después, tomando un tono confidencial, se dirigió al sacerdote en estos términos:

—Padre mío, venía á suplicaros que celebraseis una misa por el descanso del alma de... una... de una persona sagrada, cuyo cuerpo no descansará nunca en tierra santa...

El sacerdote se estremeció involuntariamente. Las dos religiosas, no comprendiendo aún de quién quería hablar el desconocido, permanecieron con el cuello tendido, el rostro vuelto hacia los dos interlocutores, y en una actitud de curiosidad. El eclesiástico examinó al desconocido: una ansiedad inequívoca estaba pintada en su cara y sus miradas parecían hacer ardientes súplicas.

—Pues bien, respondió el sacerdote, esta noche, á las doce, vuelva usted, y estaré dispuesto para celebrar el único servicio fúnebre que podemos ofrecer en expiación del crimen de que habla usted...

El desconocido se estremeció, pero una satisfacción grave y dulce á la par pareció triunfar de un secreto dolor. Después de haber saludado respetuosamente al cura y á las dos santas mujeres, desapareció dando muestras de un gran agradecimiento que fué perfectamente comprendido por aquellas tres almas generosas. Unas dos horas después de esta escena, el desconocido volvió, llamó discretamente á la puerta de la buhardilla y fué recibido por la señorita de Beasant, que lo condujo á la segunda habitación de aquella modesta vivienda, donde todo estaba preparado para la ceremonia. Entre dos salientes de la chimenea, las dos religiosas habían colocado la vieja cómoda cuyos antiguos contornos estaban cubiertos con un magnífico tapete de altar de muaré verde. Un gran crucifijo de ébano y marfil, colgado de la amarillenta pared, hacía resaltar la desnudez de

aquel recinto atrayendo las miradas. Cuatro cirios delgados, que las hermanas habían logrado fijar en aquel improvisado altar pegándolos con lacre, despedían una luz pálida, mal reflejada por las paredes, y que apenas alumbraba toda la habitación; pero que, no dando brillo más que á las cosas santas, parecía venir del cielo para aquel altar sin adorno. El pavimento era húmedo. El tejado que, por ambos lados, descendía rápidamente, como los de los graneros, tenía algunas grietas por las que pasaba un viento glacial. Nada era menos pomposo, y, sin embargo, es fácil que no hubiera nada más solemne que aquella ceremonia lúgubre. Un profundo silencio, que hubiera permitido oír el más ligero ruido producido en la carretera de Alemania, comunicaba una especie de majestad sombría á aquella escena nocturna. En una palabra, que la grandeza de la acción contrastaba de tal modo con la pobreza de las cosas, que hacía experimentar aquello un sentimiento de asombro religioso. A ambos lados del altar, las dos ancianas reclusas, arrodilladas sobre los ladrillos del pavimento, sin preocuparse por su mortal humedad, rezaban en unión del sacerdote, que, vestido con sus hábitos pontificales, preparaba un cáliz de oro adornado con piedras preciosas, vaso sagrado salvado sin duda del pillaje de la abadía de Chelles. Al lado de este copón, monumento de real magnificencia, el agua y el vino destinados al santo sacrificio estaban contenidos en dos vasos dignos apenas de la más baja taberna. A falta de misal, el cura había puesto su breviario en un rincón del altar. Un plato común estaba preparado para el lavamiento de manos inocentes y puras de sangre. Todo era inmenso, pero pequeño; pobre, pero noble; profano y santo á la vez. El desconocido fué á arrodillarse piadosamente entre las dos religiosas. Pero de pronto, al ver un crespón en el cáliz y en el crucifijo, pues no teniendo nada para anunciar el destino de aquella misa fúnebre, el sacerdote había puesto al mismo Dios de luto, fué abatido por un recuerdo tan amargo, que gruesas gotas de sudor empezaron á inundar su ancha frente. Los cuatro silenciosos actores de aquella escena se miraron entonces misteriosamente; después, sus almas,

obrando á porfía unas sobre otras, se comunicaron de aquel modo sus sentimientos y se confundieron en una conmisericordia religiosa: parecía que sus pensamientos hubiesen evocado al mártir cuyos restos habían sido devorados por la cal viva, y que su sombra estuviese ante ellos con toda su real majestad. Celebraban un *obit* sin el cuerpo del difunto. Bajo aquellas tejas y aquellas latas desunidas, cuatro cristianos iban á interceder ante Dios por un rey de Francia y á hacer su entierro sin ataúd. Aquella era la más pura de las adhesiones y un acto asombroso de felicidad ejecutado sin pensamiento ni interés oculto. Aquello fué sin duda, á los ojos de Dios, como la balanza que pesa las más grandes virtudes. Toda la monarquía estaba allí, en las oraciones de un sacerdote y de dos pobres mujeres, pero acaso estuviese también representada la Revolución por aquel hombre cuyo rostro denotaba demasiados remordimientos para no creer que hiciese votos de un inmenso arrepentimiento.

En lugar de pronunciar las palabras latinas: *Introito ad altare Dei*, etc., el sacerdote, ¡llevado de inspiración divina, miró á los tres asistentes que representaban á la Francia cristiana, y les dijo, para borrar las miserias de aquel zaquizami:

—¡Vamos á entrar en el santuario de Dios!

Al oír estas palabras, dichas con penetrante fervor, el desconocido y las dos religiosas se poseyeron de santa devoción. Bajo las bóvedas de San Pedro de Roma, no se hubiera mostrado Dios más majestuoso de lo que se mostró en aquel asilo de indigencia á los ojos de aquellos cristianos: tan cierto es que entre el hombre y Él todo intermediario parece inútil, y que Él no saca su grandeza más que de sí mismo. El fervor del desconocido era verdadero, y así fué como el sentimiento que unía las oraciones de aquellos cuatro servidores de Dios y del rey fué unánime. Las palabras santas resonaban como una música celeste en medio del silencio. Hubo un momento en que el llanto se apoderó del desconocido, y este momento fué cuando llegó el *Pater noster*. El sacerdote añadió á esta oración latina lo siguiente

que, sin duda, fué entendido por el desconocido: *Et remitte scelus regicidis sicut Ludovicus eis remisit semetipse* (Y perdonad á los regicidas como el mismo Luis XVI les ha perdonado).

Las dos religiosas vieron que dos gruesas lágrimas surcaban las robustas mejillas del desconocido é iban á caer sobre el pavimento. El oficio de los muertos fué recitado. El *Domine salvum fac regem*, cantado en voz baja, enterneció á aquellos fieles realistas que pensaron que el niño rey, por quien suplicaban en aquel momento al Altísimo, estaba cautivo en manos de sus enemigos. El desconocido tembló al pensar que aún podía cometerse un nuevo crimen, en el que él se vería sin duda obligado á tomar parte. Cuando el oficio fúnebre quedó terminado, el sacerdote hizo una seña á las dos religiosas para que se retiraran. Tan pronto como se encontró solo con el desconocido, se encaminó hacia él con aire triste y amable y le dijo con voz paternal:

—Hijo mío, si ha manchado usted sus manos con la sangre del mártir, confíemelo á mí. No hay falta que, á los ojos de Dios, no se borre con un arrepentimiento tan conmovedor y sincero como parece ser el vuestro.

A las primeras palabras pronunciadas por el eclesiástico, el desconocido hizo un movimiento de involuntario terror; pero recobró una actitud sosegada, y miró con seguridad al sacerdote asombrado.

—Padre mío, nadie es más inocente que yo de la sangre derramada... le dijo con voz visiblemente alterada.

—Le creo á usted, dijo el cura.

É hizo una pausa durante la cual examinó de nuevo á su penitente; después, persistiendo en tomarle por uno de esos miedosos convencionales que entregan una cabeza inviolable y sagrada, á fin de conservar la suya, continuó con voz grave:

—Piense usted, hijo mío, que no basta, para ser absuelto de ese gran crimen, el no haber cooperado á él. Los que, pudiendo defender al rey, han dejado envainada su espada, tendrán que rendir una pesada cuenta ante el Rey de los cielos... ¡Oh! sí, añadió el anciano sacerdote meneando la cabeza de derecha á izquierda con expresivo movimiento,

si, ¡muy pesada!... porque, permaneciendo inactivos, se hicieron cómplices involuntarios de aquella espantosa iniquidad...

—¿Cree usted que una participación indirecta será castigada? preguntó el desconocido estupefacto. ¿Es también culpable el soldado que recibió la orden de formar el cerco?...

El cura permaneció indeciso. Feliz con los apuros en que ponía á aquel puritano del reino colocándole entre el dogma de la obediencia pasiva que debe dominar, según los partidarios de la monarquía, en los códigos militares, y el dogma no menos importante que consagra el respeto debido á los reyes, el desconocido se apresuró á ver en las dudas del sacerdote una solución á las perplejidades porque parecía atormentado. Después, para no dejar reflexionar por más tiempo al venerable jansenista, le dijo:

—Me daría vergüenza ofreceros un salario cualquiera por el servicio funerario que acabáis de celebrar por el descanso del alma del rey y por la tranquilidad de mi conciencia. Una cosa inestimable sólo puede pagarse con una ofrenda que no tenga precio. Padre, dignaos aceptar el don que os hago de una reliquia santa... Acaso llegue día en que comprendáis su valor.

Al mismo tiempo que decía estas palabras, el desconocido ofrecía al eclesiástico una cajita sumamente ligera; el sacerdote la tomó involuntariamente, por decirlo así, pues la solemnidad de las palabras de aquel hombre, el tono que les imprimió y el respeto con que le tendió aquella cajita, le habían sumido en profunda sorpresa. Después se fueron al cuarto inmediato donde las dos religiosas les esperaban.

—Están ustedes, les dijo el desconocido, en una casa cuyo propietario, Mucius Scævola, ese yesero que vive en el primer piso, es célebre en el barrio por su patriotismo; pero en secreto es adicto á los Borbones. En otro tiempo era piquero de monseñor el príncipe de Conti, y le debe su fortuna. No saliendo de su casa, están ustedes más seguros que en ningún sitio de Francia. No se muevan, pues, de aquí. Almas piadosas habrá que les darán á ustedes medios de cubrir todas las necesidades y de poder esperar sin peligro

á que vengan mejores tiempos. Dentro de un año, el 21 de enero... (al pronunciar estas últimas palabras, no pudo disimular un estremecimiento involuntario), si siguen adoptando por asilo este triste lugar, vendré á celebrar con ustedes la misa expiatoria...

No acabó. Saludó á los mudos habitantes de la buhardilla, dirigió una última mirada á los objetos que demostraban su indigencia, y desapareció.

Para las dos inocentes religiosas, semejante aventura tenía todo el interés de una novela; de modo que, tan pronto como el venerable cura les dió noticia del misterioso presente que tan solemnemente le había hecho aquel hombre, la caja fué colocada por ellas sobre la mesa, y las tres caras inquietas, débilmente alumbradas por una vela, denotaron una indescriptible curiosidad. La señorita de Langeais abrió la caja, encontró dentro un pañuelo de batista muy fina, manchado de sudor, y, desplegándolo, vieron en él unas manchas.

—¡Es sangre!... dijo el sacerdote.

—¡Está marcado con la corona real! exclamó la otra hermana.

Las dos religiosas dejaron caer la preciosa reliquia con horror. Para aquellas dos almas sencillas, el misterio que rodeaba al desconocido se hizo inexplicable, y el sacerdote, por su parte, desde aquel día, ni siquiera intentó explicárselo.

A pesar del Terror, los tres prisioneros no tardaron en apercibirse de que una mano poderosa velaba por ellos. En un principio recibieron provisiones y leña; después, las dos religiosas adivinaron que alguna mujer estaba asociada á su protector, cuando les enviaron ropa y trajes que les permitían salir sin llamar la atención con las modas aristocráticas de los vestidos que se habían visto obligadas á llevar hasta entonces; finalmente, Mucius Scævola les dió dos cartas cívicas. El cura recibió muchas veces avisos necesarios para su seguridad y reconoció tal oportunidad en ellos, que comprendió que sólo podían ser dados por una persona iniciada en los secretos del Estado. A pesar del hambre que se sin-

tió en París, los proscritos encontraron á la puerta de su zaquizami raciones de *pan blanco* que eran llevadas regularmente por manos invisibles; no obstante, creyeron reconocer en Mucius Scævola al misterioso agente de aquella caridad tan ingeniosa como inteligente. Los nobles habitantes de la buhardilla no podían menos de creer también en la protección del personaje que había ido á celebrar la misa expiatoria la noche del 22 de enero de 1793; de modo que pasó á ser objeto de un culto particular para aquellos que sólo en él confiaban y sólo para él vivían. En sus rezos habían añadido oraciones especiales para él; tarde y mañana, aquellas almas piadosas hacían votos por su dicha, por su prosperidad y por su salud; suplicaban á Dios que le librase de toda acechanza y de sus enemigos y que le concediese una vida larga y apacible. Renovándose, por decirlo así, todos los días su agradecimiento, hizo nacer un sentimiento de curiosidad que fué cada día más vivo. Las circunstancias que habían acompañado á la aparición de aquel extraño eran el objeto de sus conversaciones, hacían mil conjeturas sobre él, y aquella distracción que les proporcionaba pasaba á ser otro nuevo beneficio de distinto género de los demás. Se prometían conquistar su amistad la noche en que, según su promesa, volviere á celebrar el triste aniversario de la muerte de Luis XVI. Aquella noche, tan impacientemente esperada, llegó por fin. A las doce en punto, el ruido de los pesados pasos del desconocido resonó en la vetusta escalera de madera; el cuarto estaba adornado para recibirle, y el altar estaba erigido. Esta vez, las hermanas abrieron la puerta de antemano y ambas se apresuraron á alumbrar la escalera. La señorita de Langeais bajó algunos peldaños para ver antes á su bienhechor.

—Venga usted, le dijo con emocionada y afectuosa voz; venga usted... le esperamos.

El hombre levantó la cabeza, dirigió una sombría mirada á la religiosa, y no respondió; la pobre mujer se quedó como si le hubiesen echado un chorro de agua sobre la cabeza, y guardó silencio; al verle, el agradecimiento y la curiosidad expiraron en todos los corazones. Sin duda no estaba tan

frió, tan taciturno, ni tan horrible como les pareció á aquellas almas cuya exaltación de sentimientos les hacía desear su amistad. Los tres pobres prisioneros, que comprendieron que aquel hombre deseaba seguir siendo un extraño para ellos, se resignaron. El sacerdote creyó observar en los labios del desconocido una sonrisa, reprimida en breve, cuando éste vió los preparativos que se habían hecho para recibirle; oyó la misa y rezó; pero desapareció después de haber rechazado con mucha cortesía la invitación que le hizo la señorita de Langeais para que participase de la pequeña colación que le habían preparado.

Después del 9 de termidor, las religiosas y el cura pudieron ir á París, sin correr el menor riesgo. La primera salida del anciano sacerdote fué para ir á una tienda de perfumería, titulada *La reina de las flores*, propiedad de los ciudadanos Ragón, antiguos perfumistas de la corte, que habían permanecido fieles á la familia real, y que servían á los vendeanos para comunicarse con los príncipes y el comité realista de París. El cura, vestido como lo exigía la época, se encontraba en el umbral de la puerta de esta tienda, situada entre Saint-Roch y la calle de los Frondeurs, cuando una multitud, que llenaba la calle de Saint-Honoré, le impidió salir.

—¿Qué es esto? le preguntó á la señora Ragón.

—No es nada, le respondió ésta; es la carreta y el verdugo que van á la plaza de Luis XVI. ¡Ah! ¡cuántas veces pasó el año pasado! pero hoy, cuatro días después del aniversario del 21 de enero, se puede mirar sin pesar ese espantoso cortejo.

—¿Por qué? dijo el cura; lo que usted dice no tiene nada de cristiano.

—¡Bah! es la ejecución de los cómplices de Robespierre; se han defendido cuanto han podido y ahora les toca ir á ellos al sitio adonde enviaron á tantos inocentes.

La multitud que llenaba la calle de Saint-Honoré pasó como una ola. Por encima de las cabezas, el cura de Marolles, cediendo á un movimiento de curiosidad, vió, de pie en la carreta, á aquel que, tres días antes, oía su misa.

—¿Quién es... preguntó, aquel que...?

—Es el verdugo, respondió el señor Ragón llamando al ejecutor de la justicia por su nombre monárquico.

—¡Amigo mío! ¡amigo mío! gritó la señora Ragón; el señor cura se muere.

Y la anciana tomó un frasco de vinagre para hacer volver en sí al desmayado sacerdote.

—Sin duda... me... ha dado, dijo éste al volver en sí, el pañuelo con que el rey se enjugó la frente al ir al martirio... ¡Pobre hombre! ¡el hacha homicida tuvo corazón, cuando toda Francia carecía de él!...

Los perfumistas creyeron que el pobre sacerdote deliraba.

París, enero de 1831.

FIN

ÍNDICE

	Page.
Un asunto tenebroso.	5
Un episodio bajo el Terror.	219

